

Haga clic en cualquier punto de esta pantalla para pasar a la revista.

RVDV53

FUNDACIÓN PROVINCIAL DE CULTURA

Presidente

José Loaiza García

Vicepresidenta

Pilar Pintor Alonso

Director

José Luis Romero

AGRADECIMIENTOS

A **Lourdes Castro Cerón**, por tener el valor de marchar a tierras lejanas a vivir una aventura fantástica y luego venir a compartirla con los lectores de RVDV a través de su obra; a **José Manuel Benítez Ariza**, por dejarnos conocerle y disfrutar de su trabajo un poco más a través de la entrevista que le realizamos; a **Sonia Jiménez**, por entrevistar a Eduardo Guerrero, bailaror de la provincia de Cádiz, y acercarnos su arte y su personalidad, y a **Carmen Moreno**, por dejarnos pasar un ratito con ella y conocer algo más de su personal manera de ver el mundo.

Gracias, sin vuestra colaboración no habría sido posible esta revista.

SUMARIO

nº 53 - marzo 2014

- 6 Despensa de Recuerdos
- 11 En tierra extraña: Lourdes Castro Cerón
- 21 La escritura visual: José Manuel Benítez Ariza
- 27 Colección de Arte Contemporáneo
- 28 Sincopados: Eduardo Guerrero
- 32 Carretera y manta
- 35 Turismo cultural: Anton Van den Wyngaerde
- 38 Un ratito con... Carmen Moreno
- 39 Nuestra portada es de... Alex Ahumada

(Haciendo clic sobre el número de la página, saltamos directamente a ella)

en tierra extraña

CHINA

UN VIAJE DIBUJADO

Lourdes Castro Cerón



El verano pasado recibí un email en el que una chica, una artista gaditana afincada en Madrid, se mostraba interesada por participar en la sección “En tierra extraña” en algún número de nuestra revista. Me contaba en pocas palabras que había viajado por diversas provincias chinas, recopilando información (dibujos, apuntes, escritos), con los que regresar a su estudio y desarrollar un interesante trabajo pictórico en torno al paisaje de aquellas tierras.

Tras las vacaciones veraniegas, nos vimos en mi puesto de trabajo y me mostró un elaboradísimo dossier, muy bien trabajado, exquisitamente presentado, con el que uno podía hacerse a la idea del alcance y el volumen de trabajo que esta artista había desarrollado. Montones de dibujos, rápidos apuntes con lápices de colores, fotografías, textos... un material valioso, delicado, al que inmediatamente y sin ningún resquicio para la duda vi las inmensas posibilidades que contenía.

Sería mi propuesta para esta sección del próximo número de la revista. Cuando hablé de este proyecto en la reunión de nuestra Mesa de Redacción, fue prácticamente aprobado por unanimidad. Había que ponerse manos a la obra y empezar a trabajar cuanto antes.

Pronto recibí nuevos materiales, fotografías que no había visto en un primer momento, imágenes de sus obras participando en exposiciones. Quedamos en que haríamos una entrevista y cuando vi sus respuestas entendí que lo que yo podía aportar estaba ya escrito. Así que no tengo más que decir. En las líneas que siguen está el viaje maravilloso, fantástico y apasionante de una artista gaditana que, un buen día, decidió hacer la maleta y poner muchos kilómetros de por medio para empaparse de otra realidad, otra cultura, otros pueblos. Desde RVDV te acercamos ahora solo una pequeña muestra de su trabajo.

Cuéntanos un poco las características de tu viaje por China: fechas, lugares visitados, kilómetros recorridos, anécdotas...

Mi estancia en China forma parte de una serie de proyectos que tiene como denominador común el viaje, conocer un país en profundidad, y hablar de ello a través de la pintura. Tengo dos objetivos: dibujar todo lo que me interpela —¡son viajes dibujados!—; y la aproximación a un pueblo que permea en mi quehacer plástico, y que me enriquece a todos los niveles, como persona.

El viaje fue en otoño y en los albores del invierno, cuando la naturaleza cobra un vigor especial. Primero estuve en Pekín, conociendo la ciudad, y aprendiendo a desenvolverme: cada sociedad se organiza conforme a una lógica, que no es la misma en todas partes. En la capital hay más recursos para amortiguar las dificultades. Iniciar un viaje largo por lugares aislados, rurales, o entre culturas minoritarias, exige entrenamiento. No obstante, no saber mandarín nunca supuso un inconveniente. Hacía más difícil todo (o casi todo), pero a la vez permitía encontrarme directamente con las virtudes del pueblo.

Pasado este período de aproximación, me dirigí hacia el Sur por regiones del Este, para luego volver al Norte por el Oeste. Las provincias que visité fueron: Shangdon, Jiangsu, Zhejiang, Anhui, Hunan, Qiandon, Guangxi, Yunnan, Sichuan, Qinghai, Gansu y Shanxi. Fue una pequeña cata de diferentes realidades. ¡Más de 11.000 km! Ver la ruta trazada en el mapa me emocionó. Por detrás de esos kilómetros hubo infinidad de personas que hicieron mucho por mí.

Durante toda la estancia dibujo, escribo y saco fotografías. Mandé 17 cartas en las que narro el día a día. Trabajar en la calle me colocaba en una posición privilegiada: veía muchas cosas, estaba muy cerca de la gente, y el permanente ejercicio de análisis, síntesis y abstracción —esencial en el dibujo—, me obligaba a impregnarme. Mi ilusión y mi afán



con serenidad, si aprendemos a quererles, se descubre un tesoro.

¡Tengo muchas anécdotas! Recuerdo con especial cariño lo que viví en las carreteras de Ganzi (3.300 m.)¹, una pequeña ciudad tibetana que vive al abrigo del monte Chola



> Mapas del recorrido inicial planificado desde Pekín y de la ruta llevada a cabo finalmente.

era éste— ¡empaparme!— para que luego, al exprimir, saliese algo con mucha sustancia...

El pueblo chino es noble, cariñoso, y tienen una bondad interior que conmueve. En ocasiones, las diferencias en los modales, o simplemente el desconocimiento de su lengua o la aparente brusquedad, puede cegarnos y confundirnos. Pero si se les contempla de cerca y se les acaricia, si nos acercamos a ellos

(6.168 m.). Allí me sucedió una cosa que habla de la sensibilidad de estas personas.

Llegué en autobús. Las rutas eran infernales, de tierra y ripio, y el polvo entraba sin piedad por las fisuras del vehículo, lo ensuciaba todo, y te ahogaba. Los trayectos podían durar 12 ó 14 horas, y el organismo se destrozaba. Vas

1.- Los metros indicados se refieren a la altitud sobre el nivel del mar.

saltando constantemente sobre asientos duros; sufres el mal de altura, etc. En fin, la fatiga hace mella. Aquellos tramos pusieron a prueba mi fortaleza. Sin embargo, los paisajes del camino no tienen paragón: montañas majestuosas, praderas salpicadas de yaks, lagos helados, la arquitectura, etc. ¡Estaba asombrada!

En las inmediaciones de Ganzi había visto cosas preciosas y quería volver allí para dibujar. Lo mejor era ir caminando, a pesar de la polvareda.

Por la tarde, regresando, advertí la presencia de unos chiquillos que me miraban con la curiosidad y la timidez propia de esas regiones, y con la inocencia y el asombro de unos niños que probablemente han visto pocos extranjeros (o ninguno).

Me paré, e hice como que dibujaba. Si me quedaba mirándolos los intimidaría, pero sabía que si empezaba a dibujar vendrían a verme. Y así fue. Querían ver lo que hacía. Querían tocar mi ropa, mi pelo, mis manos. Todo era diferente a ellos. También querían que les hiciera fotos, y posaron gozosos ante la cámara.

De repente, vi por el objetivo, que a lo lejos apareció un tercer hermanito. Venía sofocado, y con la ilusión por llegar a tiempo para salir en el retrato. En la secuencia se ve cómo el chiquillo va acercándose. Cuando estaban los tres juntos apareció la abuela con un peine y una rebeca para la niña; para poner a sus nietos guapos y que salieran muy elegantes.

Eran niños preciosos, pero de pobreza sobresaliente. Aquella escena me conmovió. A pesar de la escasez, esta señora hacendosa no había perdido el decoro, y la coquetería, por eso quería arreglarlos y peinarlos. ¡Pero ese pelo no se podía peinar! ¡Y la rebecca nueva estaba igual de sucia que la anterior!

La escena transcurrió en silencio y tuve tiempo para reflexionar sobre el valor de todo aquello. Esta es la esencia del viaje: acariciar al pueblo, ¡abrazarlo!, aprender a quererlos.

¿Por qué China?, ¿cómo surge en ti la idea de ir hasta allí para llevar a cabo un proyecto como éste?

Mi discernimiento para elegir un destino es muy largo. Además de decidir dónde ir, es un tiempo en el que maduro la idea misma de un nuevo viaje, fortalezo el proyecto y mi voluntad; y esto hará que luego el ánimo no se derrumbe fácilmente, ni me intimiden las dificultades.

Miro el mapa del mundo para ordenar las ideas, veo muchas fotografías, y leo. Los paisajes, la cultura, la historia y la tradición son determinantes. Es importante que haya una red amplia de transporte público; y considero —como es lógico—, el presupuesto. No es fácil encontrar financiación para un proyecto que implica un taller itinerante. Las instituciones se sienten más a gusto si permaneces trabajando en un sitio fijo, y si los desplazamientos son moderados. Mi estructura de viaje puede hacer pensar —erróneamente— en ocio, no en trabajo; o en un muy mal interpretado viaje romántico.

Frente al mapa, y con todas estas inquietudes en la cabeza, empiezo a descartar y seleccionar. A China le precedió Rusia, con un



planteamiento similar. La belleza que se vislumbraba en las regiones de Siberia oriental, me dejó con ganas de más.

Desde el punto de vista profesional quería conocer la realidad del panorama artístico de Pekín y Shanghai. Y me interesaba estudiar cómo se concretan en el paisaje de China al-

gunos aspectos importantes para mi pintura: el silencio, el color, la atmósfera, la expresión contenida, las formas de la arquitectura, o las estructuras de la naturaleza, que en Oriente han evolucionado de un modo distinto a Europa. Yo trabajo a partir de un diálogo profundo con la naturaleza y la cultura china, desde sus orígenes, ha creado vínculos muy fuertes en comunión con el paisaje. Quería zambullirme en el escenario de esta cultura.

Y ya en China, ¿por qué ese itinerario en concreto?, ¿en base a qué criterios elegías tus puntos del recorrido y dónde detenerte para tomar apuntes? ¿Pensaste alguna vez acortar el viaje, desistir de algún tramo, o simplemente parar de dibujar y escribir, y limitarte a viajar y, disfrutar?

Cuando empecé a estudiar sobre China, me di cuenta qué cosas me interesaban desde el punto de vista plástico, para dibujarlo: los jardines paradigmáticos de esta civilización, las montañas —que en algunas regiones tienen un trazado inusual—, la exuberancia subtropical y los desiertos, o las comarcas donde las tradiciones de antaño aún perduran... Primero me dejó seducir por una imagen o un relato. Lo localizo en el mapa, y me pongo en camino. No me amedrantan las dificultades, ni la adversidad del clima, ni me gusta escuchar que algo es difícil o imposible, y que por lo tanto no merece la pena. Mi instinto viajero transforma rápidamente ese desaliento en aliciente.

Creo que los itinerarios se construyen sobre una base intuitiva, y sobre la percepción: veo una imagen, o leo un texto, e intuyo que me va a interesar. La intuición se alimenta y se ejercita. Y luego se acompaña de voluntad férrea para no rendirse hasta alcanzar lo que intuitivamente sedujo. Todo ello, sin abandonar la sensatez ni el sentido común. En estos

viajes la clave es no perder el ánimo, ser muy disciplinado, no caer en la tentación de lo cómodo, y perseverar.

En China recorrí un tramo muy especial, que constituyó uno de los pilares de la experiencia. Y fue gracias a lo que había leído:

«Quien quiera hacer la ruta terrestre hacia Sichuan tiene por delante un viaje de seis días a grandes altitudes; necesitará ropa de abrigo y mucho arroz. [...]

Al norte de Shangri-la es donde el té verde se convierte en té de mantequilla, el confucianismo da paso al budismo y las colinas suaves se convierten en afilados picos nevados que crecen hasta el cielo. El camino se recorre entre 4.000 y 5.000 metros de altitud, es una de las carreteras más altas, duras y peligrosas del mundo, también de las más hermosas, si no la que más. Muchos tramos, la mayoría, o no se han terminado o el clima y el paso constante de camiones los ha destrozado. Las instalaciones turísticas son escasas, y desde otoño hasta primavera todo permanece cerrado. Las localidades de estas regiones pasan más de 200 días al año bajo cero, los cortes de luz son frecuentes en muchas poblaciones; el mal de altura puede ocasionar alteraciones que exigen atención médica, [...] y en algunos pueblos los alimentos escasean.

Las posibilidades de rutas en este lado de la frontera, es decir, en la zonas que no pertenecen a Tíbet, son dos: Meridional y Septentrional. Ésta es algo más larga y sus carreteras, aunque parezca imposible, son peores. Sin embargo atraviesa puertos de montaña soberbios, como el cruce del monte Chola, y las vistas son extraordinarias, además del interés de los pueblos que se atraviesan. Este recorrido —seguí leyendo— pone a prueba la

entereza de todo aquel que ose recorrerla.»
(Carta XIV. Una Mina de Oro)

Este tipo de descripciones avivaron mi deseo por conocer, e hice un combinado de ambas rutas. Y nunca quise dar marcha atrás.

Pero hay una parte importantísima de los itinerarios que nace durante el propio devenir

favorece el acercamiento. Tenemos mucho tiempo para conversar despacio; con un diccionario, dibujando, o con expresiones que no son sino muestras de respeto, admiración y cariño, que es el idioma de toda la humanidad.

Salí de Pekín con un esquema de base. Cuando llegaba a un lugar me ponía a trabajar

de trabajo, con unos objetivos muy concretos, y con una exigencia muy concreta. Pero esta exigencia debía ser en la justa medida, para no dañar mi ánimo ni mi voluntad. De lo contrario, nadie iba a rescatarme...

Entiendo tu proyecto como poliédrico, abarcando diversas técnicas y disciplinas, como la pintura, el dibujo, la fotografía o incluso la

de percibir, de contemplar, de estudiar y ordenar cada propuesta. Ahora bien, las herramientas para trabajar pueden ser muchas.

Cada una tiene posibilidades que no tiene la otra. En los proyectos en torno a un viaje las necesito todas, y únicamente suprimiría alguna de ellas por falta de medios; nunca por voluntad propia.



del viaje: ¡son las aportaciones de las personas que voy conociendo! En los trayectos, cuando extendía el mapa sobre las mesas del vagón, todos mis compañeros —chinos— venían a mirar, y se entusiasmaban señalando y dando consejos.

Los trayectos, en sí mismos, son la piedra angular, ¡el alma del viaje! Son períodos de estrecha convivencia con el pueblo. Varios días en un vagón de tren, angosto y rebosando,

inmediatamente. Trabajando veía las posibilidades del sitio, y decidía cuánto quedarme. La multitud de transportes públicos, y la sencillez de los alojamientos, permitían la improvisación.

A veces tuve que detenerme en un sitio únicamente para escribir, para ordenar los dibujos, las fotografías que acompañaban cada carta, para estudiar los itinerarios, para pensar. ¡Eran muchas cosas a la vez! Es un viaje

escritura; ¿son necesarias todas ellas?, ¿aporta cada cual una mirada diferente o se unen para aportar un único punto de vista?, ¿crees que podrías haber prescindido de alguna de ellas?

¡Soy pintora! Por lo tanto, ¡trabajo siempre desde la pintura! Pero al referirme a esta disciplina, no se puede pensar exclusivamente en la materia aplicada en dos dimensiones, en el hecho plástico en sentido estricto. ¡Es mucho más! Es un concepto que abarca un modo

No podría viajar sin enviar cartas. Al escribir ordeno mi pensamiento y mi viaje. Para expresar debo tener orden en la cabeza, y orden interior. Por otro lado, escribiendo hago casi un examen de conciencia. No puedo enviar cartas para hablar mal de un país: ¡eso nunca! De modo que cada ensayo recoge la voluntad por aprender a querer al pueblo, y la reconciliación cuando las cosas con ellos no han ido bien. A la postre, releo los textos y esto aviva emociones que favorecen el tra-



bajo en el taller. No sé si este material verá la luz o no, pero estoy segura que complementa los dibujos y las fotografías.

En China escribir fue una empresa difícil. Mis alojamientos eran muy austeros, y en las habitaciones, en ocasiones, no tenía mesa ni silla. La constante algarabía de esta población tan alegre, tampoco favorecía la serenidad que buscaba. Nadie lo creerá: algunas veces me levanté de madrugada, y me fui a las escaleras de incendio —procurando silencio— para poder redactar con mediana coherencia. Parecía una locura... pero no quise rendirme, necesitaba contar muchas cosas extraordinarias.

El dibujo es inherente a la pintura. En mi método de trabajo es una herramienta de estudio y reflexión. Además, al ser trabajos hechos del natural, también reflejan cada momento del viaje, cada circunstancia. Se palpa el viento gélido, la lluvia, el sosiego, la fatiga o las alegrías. Los bocetos son la interpretación de unas emociones determinadas, son mis confianzas con la Naturaleza.

Las fotografías tienen (casi) carácter documental, y se percibe que están hechas por una pintora, que no son un fin en sí mismas. No las utilizo para pintar, sino para evocar.

Las cartas están maquetadas con fotografías y dibujos, podríamos decir que son la expresión de una vivencia que toma cuerpo con la palabra, la imagen documental y la interpretación plástica.

Nos gustaría que nos contaras también un poco cómo ha sido el proceso de trabajo durante todo el proyecto.

El proyecto en sí tiene tres períodos: los meses

en China, las primeras reflexiones traducidas a pintura (ya en el taller) y los trabajos que son fruto de un segundo discernimiento, cuando con el paso del tiempo madura la experiencia y cuando el propio ejercicio plástico también evoluciona para ir a lo esencial, para intentar expresar esas cosas que, en su trascendencia, no se pueden decir con un lenguaje común, ni tampoco precisan explicaciones superfluas. El proceso, por lo tanto, varía según cada período.

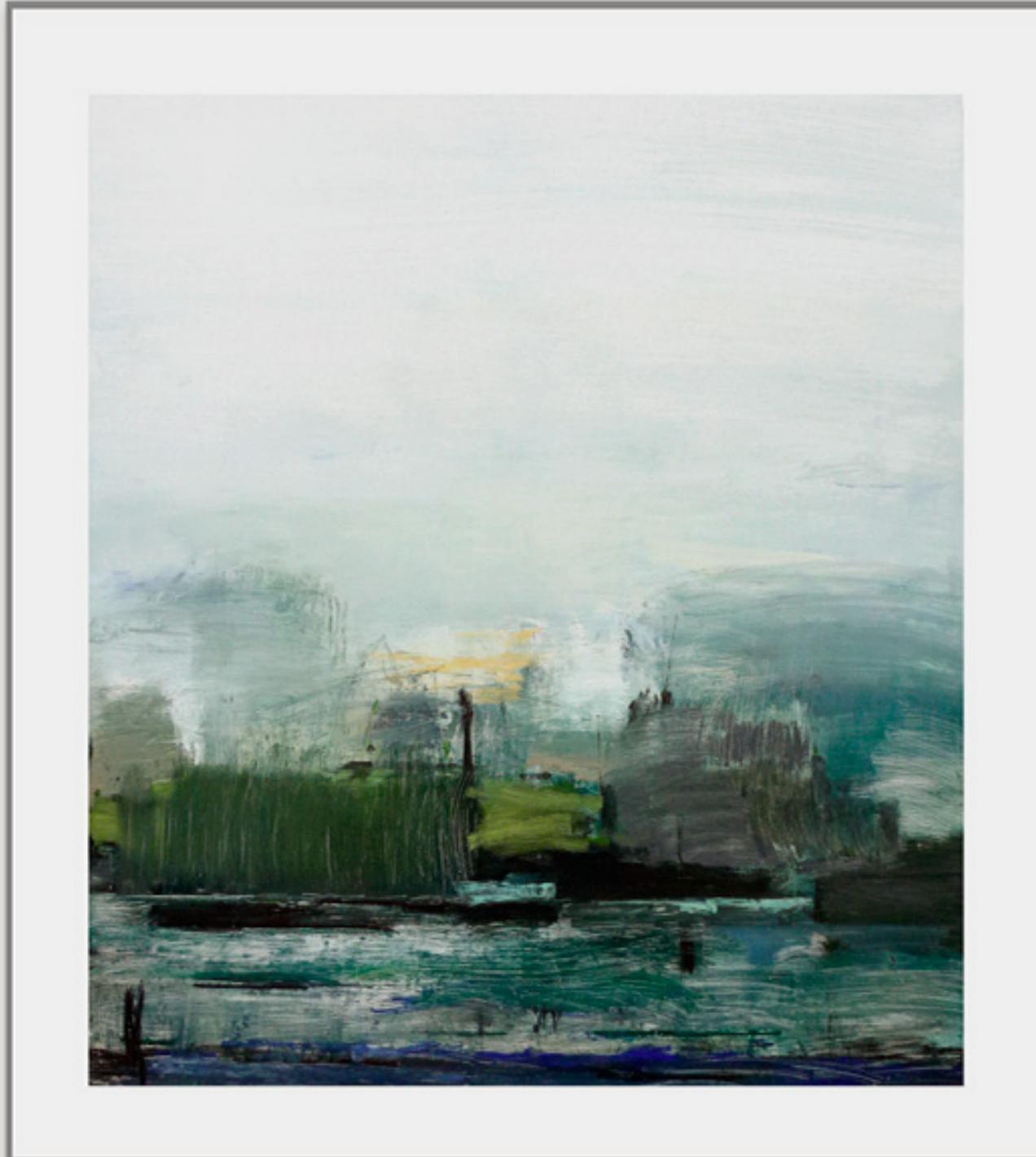
En China salía a dibujar todos los días. Tenía que estudiar los temas propios de la región en la que estuviera e interpretar su esencia, y el concepto que subyace en cada realidad. En términos plásticos esto se traduce en el color, las formas, las estructuras, las atmósferas, etc. Y lo abordo desde el análisis, la síntesis o la abstracción. El método de trabajo siempre era el mismo, lo que variaba eran las exigencias de los dibujos, lo que va cambiando es el dictado de la naturaleza. En los alojamientos continuaba este discernimiento plástico. Escribía y maquetaba las cartas. La tarea de redacción me ayudaba a simplificar y entender cuál era la médula de cada lugar. Algunas veces las circunstancias alteraban el método, el orden, el proceso...

En el último tramo de la ruta Trans-Tibetana pernocté en poblaciones cuyo aislamiento dejaba una impronta notable en el aspecto del entorno y en el carácter de los habitantes. Serxu (4.200 m.) es un lugar idílico donde la naturaleza se regocijó esparciendo belleza. Viven envueltos por una atmósfera helada en la que a la hora del crepúsculo, las partículas de aire frío se reflejan como cristal iridiscente, y el color turquesa del hielo crepita en los prados que circundan la ciudad. Sin embargo, las calles están reventadas por las bajas tem-

peraturas; las bandadas de perros presentan un aspecto agónico; y los escasos comercios tienen poco que ofrecer. En esta ciudad trabajé muy a gusto, embelesada con la luz y las praderas, pero haciendo un tremendo esfuerzo por digerir aquello de que... «nunca debemos esperar que el país que visitamos nos resulte cómodo, pues hemos de comprender que está hecho para comodidad de sus habitantes, la cual no necesariamente coincide con la nuestra.» Y aún así, Serxu se me presentó despojado de los mínimos que requiere cualquier ser humano.

Con la carga emocional de las vivencias de Serxu, llegué a Yushu (4.000 m.), en la llamada Siberia china. Empecé a recorrer calles caminando entre escombros, polvo y tiendas de campaña: tiendas que funcionaban como comercios, y montañas de escombros que usaban como expositores de productos en venta. ¿Qué ha pasado? —me preguntaba—, pues no entendía qué era aquello. Como quien está viendo un espejismo saqué mi guía, y volví a leer: «Yushu, uno de los rincones más alejados en una de las provincias más remotas de China; salpicada de impresionantes monasterios [...] Los pocos extranjeros que llegan hasta aquí disfrutarán de unas carreteras asombrosas, [...]»

Escogí al azar los datos de uno de los alojamientos recomendados, y se lo mostré a una persona que pasó a mi lado. No entendían chino, sólo tibetano. Probé varias veces y siempre me respondían lo mismo: imposible. Cuando reiteradas veces me dijeron *imposible* empecé a sospechar. Además, hasta el momento no había encontrado ni una sola calle ordenada. Como en otras ocasiones, apoyé en el suelo mi mochila y me paré a pensar.



En Yushu hubo un terremoto el 14 de abril de 2010. Mi guía era de una edición anterior y por ello las descripciones no coincidían con la realidad que tenía por delante. Los habitantes de Yushu habían sufrido mucho, y los conocí haciendo un esfuerzo ímprobo por salir a flote. Su día a día no era fácil. Yo, o nunca supe de ese terremoto, o lo había olvidado por completo. De ahí mi sorpresa, mi expectación y mi desconcierto durante las primeras horas. Ni había impresionantes monasterios (como decía la guía), ni había hoteles, ni había nada... solamente personas... que querían arrojarme.

¿Cómo podía dibujar el alma de este pueblo destrozado? ¿Cómo expresar la cara amable y cálida —a pesar de su angustia— de todos los que me miraban perplejos? ¿Cómo interpretar plásticamente su miedo o la dimensión de su cariño hacia mí? Aquel día, por ejemplo, fue imposible dibujar. Por la noche, en una tienda de campaña, hice unos garabatos que hablan de todo esto, desde la abstracción y con absoluta honestidad.

Los otros dos períodos del proyecto, ya en España, han sido (y están siendo) —efectivamente— más reposados, o están envueltos de una inquietud diferente. Intelectualmente tienen la misma envergadura, pero van acompañados de emociones distintas.

En la primera parte he estado reflexionando mucho sobre lo vivido allí, teniendo cerca los bocetos y todo el material que traía, pintando en formato más grande, y estudiando con más sosiego los temas, pero con las descripciones todavía presente.

El período final (que es el que tengo ahora entre manos), es una interpretación en la que la pintura cobra autonomía, y se independiza



de aquella referencia de la que ha partido. Es una abstracción con una identidad muy determinada, una abstracción que procura hablar y expresar algo vivido, estudiado y dibujado. Una abstracción que parte de la realidad o de un concepto de esa realidad que, en sí mismo, es abstracto. Este ejercicio conlleva, cada día, como si de un entrenamiento físico se tratara, volver al análisis para nutrir permanentemente dicha abstracción.

Coméntanos también los dos momentos o etapas de tu trabajo: uno, sobre el terreno, y otro, posterior y más pausado supongo, de vuelta a tu estudio. ¿Qué aporta cada uno al conjunto?, ¿en cuál de ellos has disfrutado más?

El proyecto se apoya sobre dos pilares: trabajo del natural y trabajo en el taller. Cada uno aporta cosas que se transfieren de forma recíproca y componen la obra final. Ambos momentos son importantes desde la perspectiva intelectual y personal. Como pintora, colocarme frente a las cosas, manchar las botas de barro en tierras desconocidas, es importante y emocionante. Dibujar y estudiar al abrigo de estas emociones es un gozo.

Pero también como pintora, necesito y disfruto el taller, trabajar en silencio, con recogimiento, y escuchando el eco de la experiencia vivida sobre el terreno.

El trabajo de campo genera inquietudes palpables, llenas de fuerza y vigor. Aporta conocimiento, curte, sensibiliza y forma. En China, algunos días regresaba al alojamiento desolada, con la sensación de no ser capaz de casi nada. Constantemente me preguntaba cómo podía reducir a sencillas anotaciones

esos conceptos esenciales de la naturaleza de cada región. Esto es una dificultad intrínseca a la pintura, al dibujo, a mi disciplina. Es el ejercicio intelectual (no sólo manual) que la sostiene: analizar, sintetizar y abstraer, para poder expresar. Como dijo el anciano en *La Obra Maestra Desconocida*: «¡La misión del arte no es copiar la naturaleza, sino expresarla! ¡Tú no eres un vil copista, sino un poeta!»

El trabajo en el taller madura, induce a la reflexión, y deja que el poso de cada experiencia se ordene. Las conversaciones con la materia son rigurosas, y las confidencias con el caballete sazonan el proyecto. La síntesis que busca el artífice, establece un diálogo fecundo con la pintura, desde la humildad (de quien se reconoce diminuto frente a la magnitud de la Naturaleza) y la gratitud.

Sabemos que has elegido zonas apartadas, poco civilizadas, casi desérticas, ¿por algún motivo en concreto?, ¿cabría otro proyecto diferente, centrándote precisamente en las zonas de mayor densidad de población?

En China es muy difícil encontrar lugares sin población. ¡Verdaderamente son muchos habitantes! En mi estancia he recorrido regiones diferentes en número de habitantes, en nivel de desarrollo, en clima, en tradición, etc. Me interesa todo en la medida en que China es esto: un compendio de muchas provincias, con influencias y características muy distintas. Profesionalmente necesito la gran metrópolis: allí hierve la vida cultural. En Pekín pude entablar diálogo con compañeros pintores, visitar estudios de artistas, salas de exposiciones, e impartir clase en la universidad. Conocí al chino cosmopolita, y la atmósfera de la urbe. Pero China es mucho más que Pekín. Nece-



sitaba asomarme a otros lugares que son, igualmente, una realidad del presente del país. Todavía hay parajes donde se escucha el silencio, y donde las personas viven de un modo diametralmente distinto. Las ciudades grandes me resultaron cercanas por su afinidad con Occidente. Sin embargo, caminar por el desierto de Gobi, recorrer las carreteras de provincias tibetanas, viajar dos días en un autobús-cama a más de 5.000 metros de altitud... ¡Me golpeó interiormente! Por las personas, por el paisaje, por la atmósfera; porque creo que ver de cerca esta Naturaleza abre los ojos de par en par, chorrea por todas las dimensiones de la persona; te eleva.

Tengo muy vivo el sentimiento sobrecogedor que experimenté en Daocheng (3.753 m). La presencia del silencio, del vacío, la expresión contenida de sus habitantes, la ausencia de vida, el frío, la contundencia del sol... Todo esto resultaba imponente. Cuando caminé por aquellos parajes, el sonido más irrisorio cobraba un vigor sobresaliente en contraste con el silencio. Allí, verdaderamente, el hombre toma conciencia de su escala frente a la Creación.

Desemboqué en esta ciudad por recomendación de la escritora inglesa Lily Hyde, a la que había conocido en una aldea de la ruta del té, Shaxi. Me dijo que Daocheng tenía un acceso complejo, y que precisamente su aislamiento lo había convertido en un lugar exquisito y sin contaminar. Tenía razón. Pero incluso allí, en una comarca aparentemente desértica, tuve la experiencia de compartir la jornada de trabajo con una chiquilla que quedó fascinada con mi presencia, con los lápices, y con la mochila...

Por último, hablemos del futuro; ¿cabe una ampliación de este proyecto?, ¿un segundo viaje por China?, ¿quizás explorar nuevos territorios?

Hasta ahora no he repetido ningún destino, pero en China me quedaron muchas cosas por ver. Además, en algunos lugares me prometí que volvería. Ojalá sea posible.

Querría visitar Mongolia. Descubrí su belleza cuando estuve en Rusia —desde aquel lado de la frontera— pero no lo he recorrido. La

luz que vi en Ulán Udé dejó mis retinas hipnotizadas. Recuerdo que la carta que escribí desde allí la titulé «Ulán Udé: un lugar en el mundo».

Tengo muchos proyectos y muchos países candidatos. El denominador común es la ilusión por conocer, por acariciar otros pueblos, por aprender a quererlos —como decía antes—, y la voluntad por hablar de ellos a través de ese poliedro compuesto de dibujo, pintura, fotografía y cartas. Las disciplinas

del arte hacen tangible las confidencias con la Vida y pueden expresar cosas de mucha trascendencia.

Plinio el Viejo expresó algo que me entusiasma: «Por naturaleza, los hombres gustan de ver cosas nuevas y de viajar». Los maestros orientales dijeron: «Tomo las montañas como almohada y el vasto cielo por manta». Ambas reflexiones se refieren al viaje, que para mí es, sin duda, un medio de formación. En todo caso, creo que el espíritu ávido y

contemplativo del viajero —y del pintor—, aunque encuentra un cauce fructuoso en tierras lejanas, también puede ser muy fecundo durante períodos en los que no sale del taller.

pacomármol / fmarmol@dipucadiz.es